

do, y recibia el relato de las puerilidades ó de los escándalos de la capital de Madrid. Concluía la mañana, destinando una hora á sus hijos y otra á los cuidados del gobierno. No iban á la firma ni un solo acto, ni un solo nombramiento, ni una sola gracia sin su aprobacion prévia, y el ministro que se hubiese atrevido á cometer semejante infraccion de las condiciones de su gracia habria caído sin tardanza. Comia á mediodía sola á imitacion de su esposo: por la tarde recibia á los personajes de la corte, con quienes se mostraba muy afable y al príncipe de la Paz, que obtenia cotidianamente muchas horas de su tiempo.

Sabido es que el príncipe de la Paz no era ya ministro en la época á que hacemos referencia. Habiale reemplazado don Mariano Luis Urquijo, á quien daremos á conocer en breve, pero el príncipe no dejaba de ser á pesar de todo la primera autoridad del reino. Este singular personaje, incapaz, ignorante, ligero si bien de hermosa figura como es necesario tenerla para brillar en una corte corrompida, dominador arrogante de Maria Luisa, hacia veinte años que reinaba en aquella alma vacia, y frivola. Fastidiado de su alta privanza la compartia de buen grado con oscuros favoritos, se entregaba á mil desórdenes, de que daba cuenta á su esclava coronada, holgándose en desesperarla con aquellas revelaciones, y hasta en maltratarla, segun se dice, del modo mas grosero; y sin embargo conservaba un imperio absoluto sobre aquella princesa, que no sabia oponerle resistencia alguna, ni podia vivir feliz sin verle todos los dias. Despues de haberle entregado por mucho tiempo el gobierno bajo el tí-

tulo de oficial de primer ministro, continuó, confiándose cuando ya no tuvo este título, pues que sin su voluntad nada se hacia en España. Disponia de todos los recursos del estado, y tenia en su casa enormes sumas en metálico; mientras exhausto el tesoro vivia de un papel moneda desacreditado y reducido á la mitad de su valor: casi habituada la nacion á aquel espectáculo, solo se indignaba cuando un escándalo nuevo y estraordinario, hacia subir el rubor á la frente de los valientes y pundonorosos españoles, cuya resistencia heroica probó muy bien que eran dignos de otro gobierno. En los momentos en que resonaban por toda Europa los grandes sucesos ocurridos á orillas del Pó y del Danubio pasaba en la corte de España un escándalo inaudito y que estuvo á punto de apurar la paciencia de los españoles. De desorden en desorden habia llegado el príncipe de la Paz á contraer matrimonio con una dama, unida con la real familia por vínculos de parentesco. Habia nacido un fruto de aquel enlace. Queriendo los reyes ser los padrinos del recién nacido habian procedido con todo el ceremonial de costumbre para el bautismo de los infantes. Obligados se vieron los mas ilustres señores de la corte á prestar el servicio, que se habria exigido de ellos, tratándose de un vástago del trono. A aquel niño en mantillas se habian dado presentes magníficos y las grandes órdenes de la corona. Habia oficiado el inquisidor general en la ceremonia religiosa. Es verdad que aquella vez la indignacion habia llegado á su colmo y que cada español se consideraba ultrajado personalmente por aquel escándalo abominable. Habian llegado las cosas á tal

punto, que los ministros españoles se franqueaban con los embajadores extranjeros y especialmente con el embajador de Francia, el cual era su habitual recurso en la mayor parte de sus conflictos y que oía de sus propios labios los horribles pormenores que aquí referimos.

En medio de estas libiandades, el rey solo rodeado por su esposa por una vigilancia continua, todo lo ignoraba y de nada se recelaba. Ni los clamores de sus súbditos, ni la rebelion accidental de algunos grandes de España que se resistian á hacer el servicio que se les exigia, ni la inesplicable continua asistencia del príncipe de la Paz al lado la reina, podian hacer caer la venda de sus ojos. Aquel pobre y buen rey solia pronunciar las singulares espresiones siguientes que dejaban cortados á todos los asistentes condenados á oirlas.—Mi hermano de Nápoles es un tonto que se deja manejar por su muger.—Conviene saber que el príncipe de Asturias educado lejos de la corte y con increíble dureza, detestaba al favorito, conociendo su criminal influjo, y que su justo odio al favorito venia á convertirse en un odio involuntario á sus padres.

¡Qué espectáculo aquel á fines del siglo XVIII y á principios del XIX, cuando el trono de Francia acababa de desmoronarse con estruendo, y cuando sobre sus escombros acababa de elevarse un jóven capitán sencillo, severo, infatigable y lleno de genio! ¿Cuánto tiempo podia resistir la monarquía española al peligroso efecto de aquel contraste?

A veces entre aquellos desórdenes se apoderaban de la casa real de España presentimientos

confusos, induciéndola á menudo á temer una revolucion. Tranquilizabala la antigua adhesion de los españoles á la religion y al trono; pero recelaba ver llegar la revolucion por los Pirineos y queria conjurar el peligro con su completa adhesion á la República francesa. Al tiempo de la segunda coalicion concluyeron por arrojarla completamente en nuestros brazos la increíble irracionalidad del gabinete inglés y los arrebatos de Pablo I contra ella. Pareciale semejante política acomodada y hasta honrosa, desde que el general Bonaparte habia ennoblecido con su presencia en el poder todas las relaciones de los gabinetes con el gobierno de la República.

El buen rey Carlos IV se habia prendado aunque de lejos del primer consul, llegando á profesarle una especie de amistad, que de dia en dia se aumentaba, y dá pena considerar como habia de concluir aquella singular adhesion, sin perfidia por parte de Francia, y si solo por un incóncibible encadenamiento de circunstancias. El general Bonaparte es un hombre grande decia sin cesar Carlos IV. Repetialo Maria Luisa si bien con mas tibieza, porque llevado el príncipe de la Paz del deseo de criticar algunas veces los actos de la corte española, de la cual no era ya ministro, parecia como si censurase la inclinacion que se manifestaba al gobierno de Francia. Entre tanto informado el primer consul por Mr. Alquier, nuestro embajador, hombre de gran cordura y de talento, de que era absolutamente preciso granjearse en Madrid la buena voluntad del príncipe de la Paz habia enviado á este favorito magnificas armas, hechas en las fabricas de Versailles. Habia

halagado la vanidad del príncipe de la Paz aquella atención del mas alto personage de Europa. Algunos miramientos de nuestro embajador acabaron de conquistárnosle, y desde entonces parecia que la corte de España se nos entregaba completamente.

Solo se encontraba algo de resistencia en el ministro Urquijo, de carácter estravagante y naturalmente enemigo del príncipe de la Paz, de quien era sucesor, sin que tuviese mucha mas afición al general Bonaparte. Don Mariano Luis Urquijo, de estracción popular, dotado de algun vigor, habiéndose atraído la enemistad del clero y de la corte por insignificantes reformas que habia ensayado en el gobierno del reino, propendia de una manera sorprendente para un español de aquella época, á las ideas revolucionarias. Estaba en relaciones con muchos demagogos franceses, y hasta cierto punto participaba de su aversion al primer consul. Tenia el mérito de querer reformar los abusos mas tiránicos, de procurar por ejemplo que se disminuyesen las rentas del clero y la jurisdiccion de los agentes de la corte de Roma. Con este fin tenia pendientes instancias con la Santa Sede; pero al acometer semejante empresa se habia espuesto á graves peligros, pues teniendo efectivamente contra sí al príncipe de la Paz, estaba perdido, si, para derrivarle se juntaba la influencia de Roma con la interior de palacio. Movidó Urquijo por algunas atenciones de Mr. Alquier y testigo por otra parte de la inclinacion de los reyes, habia terminado por admirar á su vez al general Bonaparte á quien no solo era natural sino tambien moda admirar entonces.

La inclinacion del rey no tardó en rayar en el mas alto grado de cariño, pues habiendo visto las armas enviadas al príncipe de la Paz concibió y manifestó deseo de adquirir otras iguales; por lo cual se apresuró el primer consul á mandar fabricar armas magnificas. Recibiólas Carlos IV con verdadero gozo: y tambien deseó la reina algunos adornos, y madama Bonaparte, que tenia fama de buen gusto, le envió cuanto producía Paris en aquel género de mas acabado y elegante. Generoso Carlos IV como castellano no quiso quedarse atrás y tomó á su cargo corresponder á aquellos obsequios de una manera regia. Pensando con razon que unos buenos caballos serian del agrado del primer consul, despobló de sus mejores caballos las famosas yeguaceras de Aranjuez, de Medinaceli y de Altamira, á fin de encontrar, primero seis, despues doce y por último diez y seis de los mas hermosos de la península. No se sabe hasta donde hubiera llegado su esplendidez, sino hubiesen moderado sus ardorosos deseos. Empleó dos meses en elegirlos por sí mismo y nadie hubiera desempeñado mejor que él esta comision, pues era por demás inteligente. Dispuso así mismo que fuera una comitiva numerosa á llevarlos á Francia, nombrando para ello á sus mejores picadores vistiéndolos de ricas libreas; y exigiendo solo una condicion por todo aquel fausto; á saber, que mientras durara el viage por Francia se haria oír misa á sus palafreneros todos los domingos. Prometiósese lo que deseaba, y ya nada perturbó el gozo que sentia al hacer al primer consul tan espléndido regalo. Aunque amaba con estremo á Francia aquel escelente principe consideraba im-

posible permanecer en ella algunos dias, sin perder del todo la religion de sus mayores.

Mucho convenia al primer consul el brillo de aquellas demostraciones: le placia y consideraba provechoso manifestar á Europa y tambien á Francia como los sucesores de Carlos V y los descendientes de Luis XIV, se honraban de tener con él relaciones amistosas personales, pero apetecia mas sólidas ventajas en sus relaciones diplomáticas, y se encaminaba hácia un fin de mayor trascendencia.

Amaban con delirio los reyes de España á uno de sus hijos, á la infanta Maria Luisa casada con el príncipe heredero de Parma. Hermana la reina, como ya dijimos del duque reinante de Parma, habia enlazado su hija con su sobrino, y reconcentrado en aquellas dos cabezas sus mas tiernos afectos, pues tenia estremada adhesion á la casa de donde procedia su estirpe. Soñaba en un engrandecimiento para aquella casa en Italia, y como Italia dependia del vencedor de Marengo, en él habia depositado toda su esperanza para conseguir el cumplimiento de sus deseos. Advertido el primer consul de los deseos secretos de la reina, no desperdió aquel medio de llegar á sus fines, y despachó á la corte de Madrid á su leal Berthier, con el fin de aprovechar la coyuntura que se le presentaba. Tal fué su primer cuidado á la vuelta de Marengo. Si habia enviado á uno de sus ayudantes de campo á Berlin y á Viena, quiso hacer mas por la corte de España, enviándole al hombre que tenia mas parte en su gloria; por que Berthier era entonces le Parmenion del nuevo Alejandro. Era el momento en que el primer consul nego-

ciaba con Mr. de Saint-Julien, los preliminares de paz, en que seducia el corazon de Pablo I tan susceptible de inflamarse, y en que fomentaba por el Norte las pretensiones de los neutrales, cuando despachó al general Berthier á Madrid con toda premura. Este salió de Francia á fines de agosto (principios de fructidor) sin título oficial, si bien con la certidumbre de producir grande efecto solo con su presencia, y con poderes secretos, para tratar de los mas graves negocios.

Su viage tenia muchos objetos; era el primero visitar los principales puertos de la península, examinar su estado y sus recursos, y aprontar allí á fuerza de dinero expediciones á Malta y á Egipto. Berthier desempeñó rápidamente esta tarea, y corrió en seguida á Madrid á cumplir el encargo mas importante, que se le habia confiado. El primer consul estaba dispuesto á ensanchar el territorio de la casa de Parma, y hacer agregarle un título nuevo, el de rey, lo cual hubiera satisfecho cumplidamente los deseos de la reina, pero solicitaba que se le pagase estas liberalidades de dos modos: en primer lugar devolviendo la Luisiana á Francia, y en segundo transmitiendo á la corte de Portugal una orden espresa y amenazadora para decidirla á hacer la paz con la República y á romper con Inglaterra.

He aquí los motivos que tuvo el primer consul para exigir semejantes condiciones. Desde la muerte de Kléber empezaba á concebir recelos sobre la conservacion de Egipto, y participaba con todas las gentes de su época de la ambicion de tener posesiones lejanas. La rivalidad de Francia con Inglaterra, que solo luchaban hacia mas de un

siglo por las Indias orientales y occidentales, habia exaltado hasta el último extremo la pasión de tener colonias. Por si llegaban á arrebatarnos á Egipto queria hacer algo el primer consul en obsequio de la grandeza colonial de Francia: y contemplando el mapa del mundo, veia una magnífica provincia entre Méjico y los Estados Unidos, poseida en otros tiempos por Francia, cedida en una época de decadencia por Luis XV á Carlos III, amenazada de cerca por los ingleses y los americanos, mientras estuviese en las manos impotentes de los españoles, y de poco valor para estos que poseian la mitad del continente americano, si bien de mucho precio para los franceses que nada tenian en aquella parte de América, y pudiendo llegar á ser fecunda cuando la actividad de estos últimos se concentrase especialmente sobre aquel territorio. Aquella provincia era la Luisiana. Como una vez perdido Egipto, no podía ya darnos la indemnización de la isla de Santo Domingo esperaba encontrarla el primer consul en la Luisiana.

Pedíasela, pues, formalmente á España en cambio de un territorio en Italia, y exigia como accesorio que se le hiciese donacion de parte de los buques españoles bloqueados en la bahía de Brest. En cuanto á Portugal queria aprovecharse de la posición geográfica de España y del parentesco que unia á las dos casas reinantes de la península para separar á aquella nacion de la alianza inglesa. En efecto, el príncipe del Brasil gobernador de Portugal, era yerno de los reyes de España. Se contaba pues en Madrid además del influjo de la vecindad con el de familia, y se pre-

sentaba la ocasion de valerse de estos dos medios para lanzar á los ingleses de aquella parte del continente. Una vez escluidos los ingleses de Portugal, cuando ya iban á serles cerradas las costas de Prusia, Dinamarca, Rusia, y Suecia, y cuando condenada Nápoles á someterse á la voluntad de Francia iba á recibir la orden de cerrarles sus puertos, habrian de quedar muy pronto escluidos de todo el continente.

Tales fueron las condiciones que Berthier tuvo encargo de llevar á Madrid. Fué perfectamente recibido por los reyes, por el príncipe de la Paz y por todos los grandes de España, á quienes aguijaba la curiosidad de ver al personage cuyo nombre figuraba siempre junto al del general Bonaparte en el relato de las guerras contemporáneas. Parecian rigorosas las condiciones de Francia, y á pesar de todo no podian encontrar formal resistencia. Solo el ministro Urquijo parecia oponerse algo mas que la corte, temeroso del efecto que podría producir semejante cesion en el ánimo de los españoles. Alegáronse á fin de tranquilizarle razones incontestablemente buenas, se le dijo que se necesitaba mucho territorio en las orillas aun desabitadas del Missisipi para presentar un equivalente de menores posesiones en Italia; que á los españoles convenia tener en el golfo de Méjico aliados como los franceses; contra los ingleses y americanos, que si la Luisiana tenia mucho precio para Francia privada de todas sus posesiones coloniales, casi ninguno tenia para España, ya tan opulenta en el nuevo mundo; que el aumento de influencia en Italia valia mas para España, que un territorio lejano situado en una

region donde poseia mas dominios que podia aprovechar y defender; por último que aquella era una antigua posesion francesa arrebatada á la debilidad de Luis XV, tan indebida que, el mismo Carlos III habia rehusado por un momento tomarla, procediendo con su lealtad bien conocida de todo el mundo.

Estas razones eran convenientes y de seguro entonces no daba España en aquella ocasion, mas de lo que recibia; pero lo que decidió á Urquijo mas que todos los mejores argumentos fué el temor de ofender á la Francia y de hacer abortar una combinacion que su corte miraba con predileccion y hasta con cariño.

Se convino en un tratado eventual, por el cual prometia el primer consul proporcionar al duque de Parma un aumento de sus estados en Italia de un millon y doscientas mil almas ó poco menos, asegurándole además el titulo de rey y el reconocimiento de este nuevo titulo por todos los soberanos de Europa, cuando la paz general se verificase. España en cambio una vez cumplida parte de estas condiciones, debia devolver á Francia la Luisiana con la estension que tenia aquella provincia cuando fué cedida por Luis XV á Carlos III, y darle además seis navios de línea aparejados, armados y en disposicion de recibir á bordo sus tripulaciones. Este tratado firmado por Berthier en Madrid llenó de alegría á la reina y colmó la infatuacion de la corte de España en favor del primer consul.

Fácil era avenirse sobre la última condicion, que tenia por objeto obligar á Portugal á romper con Inglaterra, pues tanto convenia á España co-

mo á Francia. En efecto, España se hallaba tan interesada como Francia en quitar las armas á Inglaterra, y especialmente en escluirla del continente. No hacia en esto el primer consul sino despertar su imperdonable apatia á obligarla á valerse de una influencia de que debia haber hecho uso mucho tiempo antes. Iba mas lejos con sus planes sobre este punto, pues proponia á Carlos IV que si la corte de Lisboa no cedia inmediatamente á la intimacion que se le habia hecho, pasase la frontera de Portugal con un ejército, se apoderase de una ó dos provincias y las guardase como en prenda á fin de obligar mas tarde á Inglaterra por salvar los estados de su aliada á restituir las colonias españolas que habia conquistado. Por lo que hace á él si Carlos IV no se creia bastante fuerte para acometer aquella empresa le ofrecia el auxilio de una francesa. Aquel buen rey no pedia tanto: el príncipe del Brasil era su yerno: no queria quitarle provincias aun cuando solo debiesen servir de prenda para la restitucion de otras españolas; pero le dirigió exhortaciones apremiantes añadiendo amenazas de guerra si eran desatendidos sus consejos. La corte de Lisboa prometió despachar al punto un enviado á Madrid para conferenciar con el embajador de Francia.

Berthier volvió á París colmado de los favores de la corte de España y pudo asegurar al primer consul que dejaba en Madrid muchas simpatias. Casi por esta época llegaron los magníficos caballos regalados por Carlos IV y fueron presentados al primer consul en la plaza del Carrousel en una de aquellas grandes revistas en que se complacia

en mostrar á los parisienses y á los extranjeros los soldados que habian vencido á Europa. Inmensa muchedumbre de curiosos vino á contemplar aquellos hermosos animales, aquellos escuderos ricamente vestidos que recordaban las antiguas pompas reales y probaban la consideracion y los miramientos de las córtes mas antiguas de Europa, al nuevo gefe de la República francesa.

Llegaron á Paris entonces tres negociadores americanos: los señores Olivier, Ellsworth, Richardson, Davie, y Van-Murray encargados de avenir entre sí á Francia y los Estados Unidos. Dominada aquella república por el interés mucho mas que por el agradecimiento, gobernada especialmente entonces por la política del partido federalista, se habia unido á la Gran Bretaña durante la última guerra, y habia faltado no solamente á la Francia, sino á sí misma, separándose de los principios de la neutralidad marítima. A pesar del tratado de alianza de 1778, al cual debia su existencia, tratado que le obligaba á no conceder á potencia alguna ventajas mercantiles que no fueran comunes á los franceses, habia otorgado á la Gran Bretaña ventajas particulares y esclusivas. Abandonando el principio de que el *pabellon cubre la mercancía*, habia admitido que la propiedad enemiga podia ser buscada en un buque neutral, y cogido si se llegaba á conocer su procedencia; lo cual era una conducta tan poco hábil, cuanto deshonorosa. Naturalmente irritado el Directorio habia recurrido al sistema de represalias, declarando que Francia trataria á los neutrales como estos se dejasen tratar por Inglaterra, y de rigores en rigores habia llegado con América

á un estado de guerra casi declarada, aunque sin hostilidades de hecho.

Este era el estado de cosas á que el primer consul pensaba poner término. Ya se ha visto los honores que mandó hacer á Washington con la intencion de obrar dentro y fuera. Nombró pues tres plenipotenciarios; á su hermano José Bonaparte y á los dos consejeros de estado Fleurieu y Røederer para que se entendiesen con los plenipotenciarios americanos, y aceleró cuanto pudo el fin de la negociacion á fin de presentar sin demora un nuevo adversario á Inglaterra, anotando una potencia mas á la lista de las que se comprometiesen á velar por la observancia de los verdaderos principios de la neutralidad marítima. El primer obstáculo que se ofrecia para la avenencia era el artículo por el cual la América habia prometido hacer partícipe á la Francia de las ventajas mercantiles otorgadas por ella á todas las naciones; porque aquella obligacion de no hacer cosa alguna por los demas sin hacerla en el momento por nosotros, ocasionaba á los americanos grandes embarazos. Sus negociadores no se manifestaban propicios á ceder sobre este punto, pero aparecian dispuestos á reconocer y defender los derechos de los neutrales, y á restablecer en sus estipulaciones con Francia los principios de que se habia apartado su gobierno al tratar con Inglaterra. El primer consul, ateniéndose mas á los principios de la neutralidad marítima que á las ventajas mercantiles del tratado de 1778 que habian llegado á ser ilusorias en la práctica, recomendó á su hermano que prescindiase de aquello, y concluyese un convenio con los enviados

americanos, siempre que se obtuviese de ellos el reconocimiento completo y solemne de los principios del derecho de gentes, que importaba hacer prevalecer. Allanada aquella dificultad, no tardaron en ponerse de acuerdo sobre todo lo demás, disponiéndose desde luego á firmar un tratado de reconciliacion con América.

Empezaba á efectuarse otra avenencia todavía mucho mas importante; la de la República con la Santa Sede. Elegido el nuevo papa con la vaga esperanza de un acomodamiento con Francia, habia visto realizada esta esperanza á la cual debia su elevacion. Como ya dijimos, el general Bonaparte al volver de Marengo dirigió al papa Pio VII algunas proposiciones por conducto del cardenal Martiniana obispo de Verceli, asegurándole que no tenia intencion de restablecer las repúblicas Romana y Partenopea erigidas por el Directorio, pues de seguro tenia hartos que hacer en Italia con constituir, dirigir y defender la república Cisalpina contra la política y los intereses de toda Europa. Habia solicitado en cambio el general Bonaparte, que se valiese el nuevo pontífice de su influjo sobre las conciencias, para ayudarle á restablecer en Francia la paz y la concordia. El papa recibió con alegría al conde Aliati, sobrino del cardenal Martiniana, encargado de llevar las proposiciones del primer consul; despachóle al punto á Verceli para declarar en su nombre, que dispuestos á secundar las intenciones del primer consul en lo relativo á un objeto tan importante y grato á la iglesia, deseaba de antemano conocer de un modo algo mas exacto las miras del gabinete francés. En su consecuencia escribió el cardenal

desde Verceli á París comunicando las disposiciones y los deseos del nuevo papa: y en respuesta escribió el primer consul solicitando un negociador con el cual pudiera esplicarse directamente, y el papa nombró al punto á monseñor Spina, obispo de Corinto y nuncio de la Santa Sede en Florencia. Este negociador despues de trasladarse primero á Verceli, se resolvió en seguida á trasladarse á París á vivas instancias del primer consul, quien queria atrayendo á sí aquella negociacion asegurarse mas de su feliz éxito. Era de parte del primer consul una tentativa delicada la de traer á París un representante de la Santa Sede, sobre todo atendido el estado de los ánimos, no preparados todavía á un espectáculo de aquella especie: se convino en que monseñor Spina no tendria ningun título oficial, y que se llamaria obispo de Corinto encargado de tratar con el gobierno francés de los negocios del gobierno romano.

Mientras duraban estas negociaciones tan activa y hábilmente dirigidas con todas las potencias, Mr. de Saint-Julien, firmante y portador de los preliminares de paz, se habia dirigido en compañía de Duroc á Viena; pero convencido intimamente de la imprudencia de su conducta, no habia ocultado á Mr. de Talleyrand, que no estaba seguro de poder llevar á Duroc hasta Viena. La ilusion del ministro no le habia permitido creer en aquella dificultad, y se habia convenido en que Mr. de Saint-Julien y Duroc pasarian por el cuartel general de Mr. de Kray, situado cerca del Inn uo Alt-Oettingen, á fin de obtener de aquel general pasaportes, en virtud de los cuales pu-



diese tener entrada Duroc en Austria. Llegaron al cuartel general el 4 de agosto de 1800 (16 de thermidor del año VIII) pero Duroc fué detenido y no pudo ir mas allá de los límites demarcados por el armisticio, siendo aquella la primera señal poco favorable de la acogida que aguardaba á los preliminares. Mr. de Saint-Julien se dirigió entonces enteramente solo á Viena, diciendo á Duroc que iba á solicitar pasaportes para él y á despachárselos sin tardanza al cuartel general en caso de conseguirlos. Trasládose pues Mr. de Saint-Julien al lado del emperador y le entregó los artículos que habia firmado en París, salva la ratificación y salvo el secreto. Sorprendido y descontento supo el emperador la singular latitud que Mr. de Saint-Julien habia dado á sus instrucciones; no siendo precisamente las condiciones espresadas en los artículos preliminares lo que le desagradaba, sino el temor de verse comprometido con Inglaterra, que acababa de ayudarle con su dinero y estaba muy recelosa. Hubiera deseado penetrar las intenciones del primer consul dando á conocer parte de las suyas; pero no queria á precio alguno firmar un acta, pues esto suponía una negociacion abierta sin la participacion del gabinete británico. Así pues, á pesar del peligro de provocar una tormenta por el lado de la Francia, el gabinete imperial adoptó el partido de no reconocer por suyo lo hecho por Mr. de Saint-Julien; oficial que quedó en público mal parado, y fue desterrado hasta cierto punto á una de las provincias remotas del imperio. Fueron considerados los preliminares como si no existieran, habiendo ido firmados, si bien provisionalmente, por un

agente sin carácter y sin poderes. Duroc no recibió pasaportes, y despues de haber aguardado hasta el 13 de agosto (25 de thermidor) tuvo que volver á tomar el camino de París.

Tales sucesos, aun prescindiendo de las dilaciones que ocasionaban á la conclusion de la paz, eran desagradables en extremo segun el primer consul decia, y el Austria tenia motivo para temer el efecto que semejante comunicacion haria sobre su carácter irascible, pues era muy posible que saliese de París al punto, y poniéndose á la cabeza de los ejércitos de la República marchase sobre Viena. Por eso la corte de Austria al desecher los preliminares se resolvió á no convertir en rompimiento aquella negativa y á proponer al gobierno francés la apertura inmediata de un congreso. Lord Minto, representante del gabinete británico cerca del emperador, consentia en que el Austria negociara, si bien con la condicion terminante de comprender á la Inglaterra en las negociaciones; entendiéronse con él á fin de proponer conferencias diplomáticas en las que Inglaterra y Austria tomarian igual parte. A consecuencia de esto Mr. de Thugut escribió á Mr. de Talleyrand con fecha del 11 de agosto (23 de thermidor) diciéndole que al desaprobado el emperador la conducta imprudente de Mr. de Saint-Julien, no deseaba por eso menos vivamente la paz; que en su virtud proponia la apertura inmediata de un congreso, ya fuese dentro de Francia, ya en Schelestadt ó Luneville, como mejor él quisiera; que la gran Bretaña estaba pronta á enviar allí un plenipotenciario, y que si el primer consul se prestaba á ello podia restituirse al mundo la paz gene-